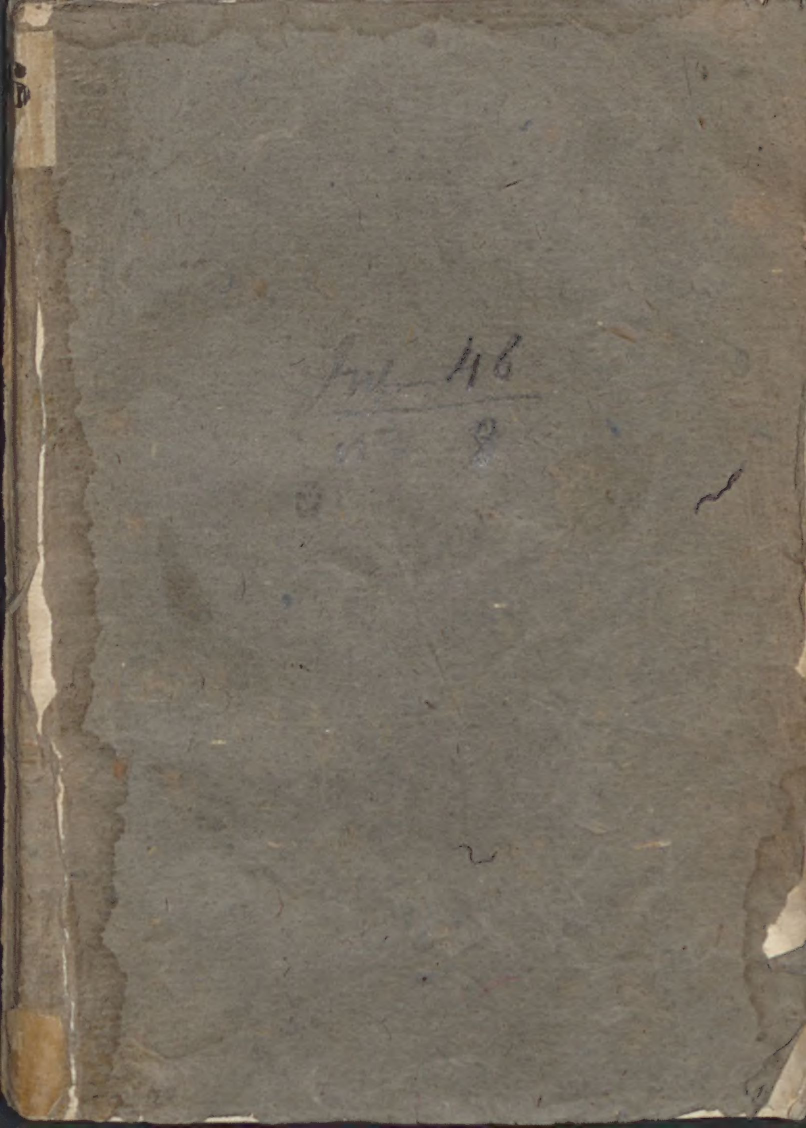
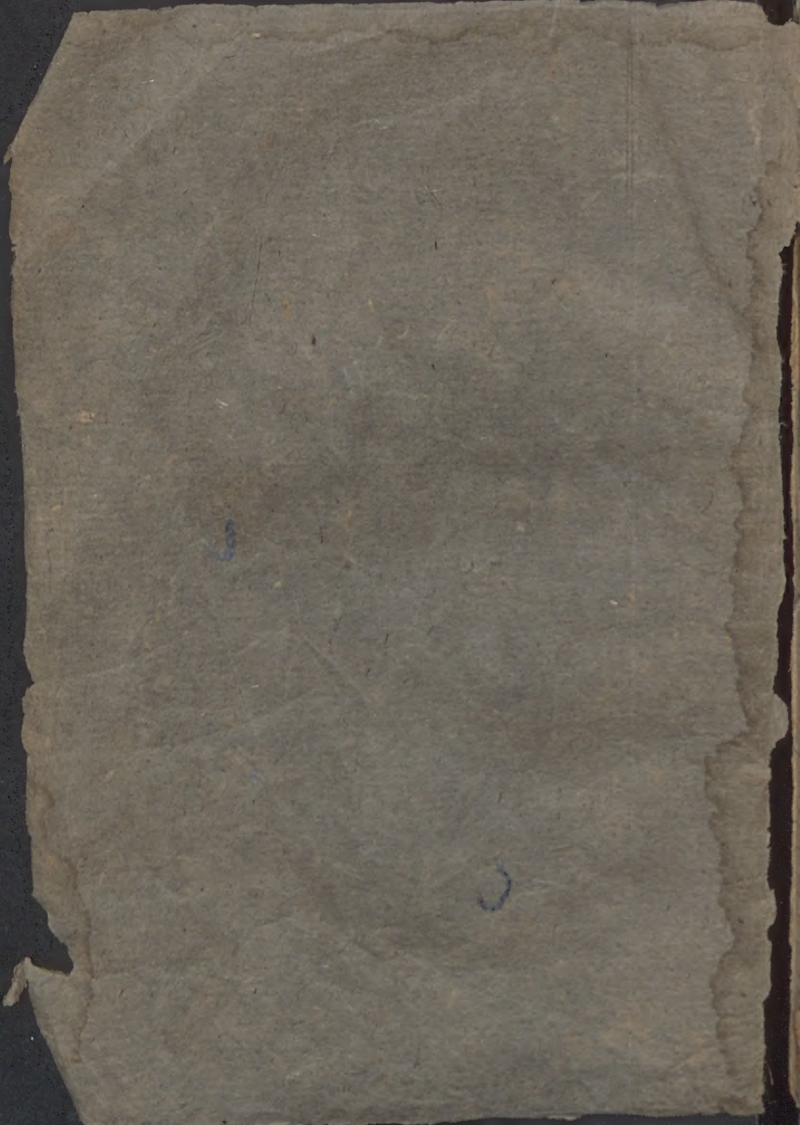




REFLEXIONES
SOBRE
LAS ORDENES RELIGIOSAS,
ó CONSEJOS DE CONCIENCIA
Á UN PERSONAGE
QUE LOS HA PEDIDO
TRADUCIDAS DEL FRANCES
POR

D. CRISTOVAL TALENS DE LA RIVA

IMPRESAS EN MADRID AÑO 92.

Y reimpresas en Cadiz en la Oficina de D. Nicolas Gomez de Requena, Impresor del Gobierno por S. M., plazuela de las Tablas.

Año 1812.

No, creedme, mi querido Cleonimo, no os mezcleis en los proyectos de que me hablais, aunque se suponga la mejor intencion en los que los forman: las conseqüencias no pueden dexar de ser perjudiciales al bien público y á la Religion. ¡Ah! ¿qué nos importa que haya Príncipes Católicos que procedan contra los Religiosos en sus Estados, si ninguna de las razones, que pueden determinarlos á ello, tienen relacion con los nuestros? ¿Con qué títulos pues se les podrá hacer una guerra legiti-

ma? Si armados de cálculos políticos os dicen, que los Monges son gravosos á la sociedad, respondedles seguramente, y con el amigo de los hombres en la mano, que esto es falso: acordaos de la impresion profunda que esta obra tan justamente famosa ha hecho otra vez sobre vuestro espíritu; jamás se ha respondido de una manera tan convincente. La misma historia económica de nuestra patria confirma evidentemente con mil hechos los sabios principios. Si os dicen que los Monges son religiosos, obligad desde luego à sus acusadores à probarlo: antes de esto no le permitais de-

clamar, y los vereis perdidos. Todos los Religiosos seguramente no han sido hombres pacíficos: muchos ha habido de estos; pero todos han debido serlo en virtud de su profesion, y esto basta para justificarlos. Si muchos de ellos arrastrados de su natural violento, ó del ascendiente funesto de ciertos siglos fértiles en atrocidades se han separado del espíritu de dulzura del Dios de las misericordias, à quien estaban consagrados, ¿ se debe atribuir à su profesion, ó à su siglo, y á la corrupcion del corazon humano? Ademas, se exâgera furiosamente, y se alteran muchas veces

los hechos quando se trata de denigrar à los Religiosos. Las abominaciones turbulentas de los Albingenses, y no los pretendidos furores monacales son los que han arrastrado à su perdicion à estos sectarios sediciosos. No son los Religiosos los que han desolado la Alemania en el siglo diez y seis, es sí el atrevido Lutero, y no como Religioso, sino como enemigo jurado de ellos, como apóstata y como heresiarca, el que la ha llenado de turbacion y destrozo. Antes del antimonástico Calvino la Francia estaba en calma, y solo à esta secta facciosa caracterizada desde su na-

cimiento por el espíritu de rebelion, se deben atribuir como à su orígen primitivo los espantosos torrentes de sangre, que han inundado tanto tiempo à este vasto Reyno; de manera que la liga misma y una infinidad de desórdenes, que un falso zelo por la verdadera Religion produxo en los tiempos sucesivos, propiamente no fueron mas que los movimientos convulsivos de un cuerpo robusto, que lucha con esfuerzos irregulares contra una ponzoña violenta, de que se ve acometido. Mas no es esto solo, es injusticia y absurdidad querer atribuir à los Religiosos todos

los procedimientos temerarios con que los Católicos poco ilustrados han defendido muchas veces infelizmente una excelente causa; lo que se hace à menudo para pintárnoslos como peligrosos. Mientras que Henrique Octavo hacia quemar à los Luteranos que perseguian à los Religiosos, y Oliverio Cromuel, y los Gefes de los inflexîbles Gomoristas los detestaban igualmente, mientras que baxo pretexto de Oxtodoxia el uno asesinaba jurídicamente á su Rey, y los otros se encarnizaban injustamente contra los débiles Armenios, desdichados de los Religiosos, si el Rey Cismático, el

usurpador Puritano , y los Calvinistas Olandeses hubiesen sido Católicos y sus protectores; seguramente en el dia de hoy se daria por cierto que ellos eran los que atizaban las hogueras de Londres , decapitaban à Cárlos I , y hacian pedazos al infeliz Barnebeld. La malignidad del corazon humano tiene siempre una secreta propension à la detraccion quando exâmina à aquellos que por su estado profesan virtudes poco comunes ; pero esta inclinacion ha llegado à ser en nuestros dias una manía quando se disputa sobre los Religiosos ; compadezcamos , querido Cleonimo , à

estos detractores, mas no seamos jamás engañados por ellos: estos son hombres apasionados y astutos, que baxo el pretexto de abolir algunos abusos que les repugnan, quieren erigirse en reformadores à fuerza de armas, para exterminar juntamente todo el mal y bien que les disgusta. Es así que ha habido siempre abusos en el mundo, y los habrá mientras exîsta. El monaquismo por haber tenido los suyos, no dexa de ser un establecimiento excelente: porque por constitucion es un fecundo orígen de las mas excelentes virtudes. Si los Religiosos salen de los límites de su

estado, que se les haga volver à entrar, y que se les contenga por los medios legítimos; y no solamente no serán perjudiciales, sino que merecerán ser colocados en el número de los bienhechores mas útiles que la sociedad ha tenido jamás. ¿La moral sublime del evangelio no es uno de los dones preciosos que el Cielo ha podido hacer à la tierra? ¿Y los consejos evangélicos no constituyen la perfeccion? ¿Pues qué son las Ordenes Religiosas, sino un empeño que obliga à los que tienen la generosidad de contraerle à la práctica metódica y constante de estos consejos divinos?

Es pues utilísimo à todos tener siempre delante de los ojos el espectáculo instructivo y sensible de la fuerza que la Religion de Jesuchristo da al hombre, para domar todas sus pasiones, y consagrar todas sus facultades al Ser supremo. ¡Ah! ¡quánto mas poderoso es el exemplo para conducir los hombres al bien, que los esfuerzos de la eloqüencia mas patética! Así el monaquismo ha producido con la fuerza del exemplo innumerables efectos saludables. Qué no ha hecho desde su nacimiento en el Oriente, quando los pueblos y los mismos grandes del Imperio Romano acudian en

tropas à los desiertos de la Vitria y de la Thebaida à admirar los hombres fervorosos, que el deseo de la perfeccion y la gracia de Jesuchristo habia juntado allí à millares baxo una disciplina austera, y cuyas almas alentadas, íntimamente unidas à su Dios, y abrasadas del amor mas puro de la virtud, luchaban en los cuerpos extenuados por los trabajos de la penitencia contra los vicios y flaquezas de la humanidad. El bello siglo, el gran siglo de los Gerónimos, de los Ambrosios, de los Agustinos, de los Basilios, de los Gregorios Naciancenos, de los Chrisóstomos, de

los Theodosios, de los Melanios, de los Paulas y de los Marcelos, ¿no fue comenzado por los Antonios, los Pacomios y los Hilariones? Yo no hablo solamente de las obligaciones esenciales que la Europa entera debe à los Religiosos de San Benito, por haber desmontado terrenos inmensos, y por habernos conservado los monumentos literarios de la antigüedad: es glorioso sin duda para estos cultivadores benéficos é infatigables, el haber sostenido en el mismo pendiente de su ruina la primera de las artes útiles, que los furores del Septentrion y el abatimiento del res-

to de la Europa amenazaban una extincion total: es glorioso para ellos habernos trasmitido el depósito de las ciencias, mientras el genio de las Naciones se embrutecia en Occidente, y en Oriente los ignorantes Sarracenos guiados por el fanatismo Mahometano esclavizaban las letras y destruian en Alexandría el rico tesoro de los conocimientos humanos, que una larga serie de siglos se habia agotado en juntar; pero hay otra gloria mas sólida, que estos Monges han adquirido no como agricultores y sabios, sino precisamente como Monges. Al paso que el Norte, pobre,

pero belicoso enviaba enjambres siempre renacientes de bárbaros agrestes y sanguinarios à inundar las bellas comarcas del Medio-dia, los hijos de San Benito los recibian, y endulzaban sus feroces costumbres. Estos tigres cubiertos de hierros, que no se arrojaban à los climas mas benignos sino para desbaratarlos à su arbitrio, aprendian alli insensiblemente à respetar la tranquilidad religiosa, y llegaban poco à poco à ser hombres, y á menudo Christianos. ¡Quantas veces el alma dura de estos fieros hijos del Norte se hallaba movida á vista del órden y la decencia que reynaba entón-

ces en los retiros apacibles que la piedad monástica formó en medio de las campiñas que habia fertilizado ! ¡ Quantas veces no fue arrebatada de la gravedad que acompañaba la Salmodia Religiosa , y de la devocion que animaba las respetables ceremonias del culto que allí se daba á Dios! Que se juzgue por las ricas y numerosas fundaciones , de que el monaquismo les es deudor desde que se convirtieron á la fe. Se pretende , lo sé , que se han excedido en esta parte , y que una devocion indiscreta les ha empeñado en substituir estas donaciones piadosas á lo esencial de la Reli-

gion, que ellos descuidan; lo que puede ser verdadero hasta cierto punto; pero hablando con franqueza hay mucha exâgeracion en la crítica que algunos censores modernos poco Religiosos hacen de los defectos de los Monges antiguos. Es constante que así el hombre moral como el fisico no pueden perfeccionarse sino por grados; pero tambien es evidente que estas fundaciones manifiestan con claridad la impresion que hizo el monaquismo en el corazon de los fundadores, que acababan de convertirse libremente á una Religion toda santa, que reconocian por divina. Todos los

siglos siguientes, en que ha florecido la observancia monástica han visto renovarse poco mas ó ménos los mismos sucesos, solo con alguna variedad, necesaria segun la diferencia de los tiempos, y el carácter diverso de los pueblos que con su exemplo han edificado los Monges. Casi todas las historias de las naciones Christianas lo acreditan unánimente. ¿Quántos hombres grandes, y quántos exemplos de virtudes, que han obrado grandes acaecimientos en el órden moral del universo despues del Monge San Agustin el Apóstol de Inglaterra hasta un San Francisco Xavier? Del

seno de las Ordenes Religiosas es de donde un San Juan Damasceno ha sacado esta ciencia luminosa y metódica, que ha ilustrado con tanta utilidad al Oriente y Occidente sobre objetos muy importantes al hombre; del seno de las Ordenes Religiosas es de donde el afectuoso Abad de Claraval ha sacado esta piedad ilustrada, esta uncion dulce, y esta eloqüencia noble y persuasiva, que han ganado tantas almas para la virtud y para Dios; del seno de las Ordenes Religiosas es de donde un San Anselmo, un Santo Tomas de Aquino, y un San Buenaventura han adquirido es-

te saber profundo , esta alta Teología , esta Dialéctica exâcta , que los han hecho respetables à todos los siglos siguientes , y que los harian los Apóstoles , ó el terror de los sofistas irreligiosos , si se atreviesen à leer sus obras , ó fuesen capaces de apreciarlas ; San Wilibaldo , el célebre San Bonifacio, San Anscairo , San Adelberto y San Kiliano , à los quales la Frisia y casi toda la Alemania, la Bohemia , la Suecia , y Dinamarca deben principalmente su conversion à Jesuchristo , han sido Religiosos. ¿ Qué no han hecho los Monges en España para sostener el Christianismo

quando gemia baxo la dura opresion de los Sarracenos? ¿Y qual es la region conocida de nuestro globo adonde no hayan penetrado, ó intentado penetrar sus misioneros atravesando mares inmensos, y exponiéndose à los mayores peligros por anunciar el Evangelio al precio mismo de su sangre? ¿Qual es laheregía despues de la de Ario hasta la de Lutero, que no hayan constantemente combatido con tanta prontitud como fuerza? ¿Y quántos millares de almas perdidas no han entrado en los caminos saludables de la penitencia christiana por la predicacion apostólica de un San

Antonio de Padua, un San Vicente Ferrer, y sus imitadores? Los Religiosos son los que se han levantado con el mayor zelo contra la vergonzosa simonía, que despues de haber corrompido en el siglo duodécimo una gran parte del Clero secular, ha escandalizado por largo tiempo toda la Iglesia; los mismos en cien ocasiones diferentes han extinguido el voraz incendio de la discordia civil en el momento en que iba á abrasar las Ciudades y las provincias enteras. Los célebres Arzobispos de Florencia San Andres Corsino y San Antonio, un San Juan de San Facundo,

y un San Bernardino de Sena han sido Angeles de paz, y Religiosos. El generoso Martir San Almaquio, y los Obispos de Chiapa y de Liseux, Bartolomé de las Casas, y Juan Henuyer han sido Angeles de paz y Religiosos. Si el primero ha sacrificado su vida al heroismo de la caridad, y los últimos han llegado á ser los padres de los Indios desgraciados, y de los Calvinistas proscritos, no ha sido en virtud de principios de una vana Filosofia, sino del espíritu mas puro de un monaquismo ilustrado. Religiosos son tambien y no Confucios, los que en el vasto imperio de la

China, cuya sabiduría pagana tanto se pondera, arrebatan incesantemente à la muerte millares de niños infelices, que abandona cruelmente una legislacion ceremoniosa y bárbara. Religiosos son los que han fundado el instituto caritativo de la redencion de cautivos christianos, al qual tantas victimas desgraciadas de la piratería mahometana deben todos los dias su libertad. Religiosos son los que casi en todas las provincias Europeas se han obligado por su profesion, sin salario y sin emolumentos, à la instruccion de los pueblos de la campiña y à la educacion de la ju-

ventud; y Religiosos son en fin los que se consagran por un voto solemne al servicio de los pobres enfermos abandonados, de los moribundos y hasta de los apestados: todos estos hechos tan honrosos para la humanidad, y para la Religion, son por una parte tan incontestables, que ningun hombre instruido puede con seriedad ponerlos en duda, y por otra están tan íntimamente unidos con el espíritu de las Ordenes Religiosas, que se ve evidentemente se derivan de él como los efectos de las causas. Despues de esto ¿que se nos diga que los Religiosos son se-

res inútiles ? Sí, lo son si là virtud es una quimera, si la historia es una fabula, si el Evangelio es una impostura. Los Religiosos son inútiles à los ojos de los impíos, de los hereges, y de algunos católicos inconsiderados, imbuidos de preocupaciones perniciosas; pero no lo son à los de un Constantino, de un Teodosio, de un Carlo Magno, de un San Henrique el Grande, de un San Luis Rey de Francia, y de todos los hombres sabios y piadosos, que en el espacio de catorce siglos se han visto renacer en el seno de la Iglesia; y no lo serán jamás á los de un verdadero

Christiano Católico ilustrado y sinceramente adicto á su Religion. Un árbol malo no puede producir buenos frutos; este es principio infalible, vos lo sabeis, ó Cleonimo, que el mismo Jesuchristo se dignó darnos por regla de nuestros juicios. Las Ordenes Religiosas han producido innumerables frutos de vida, y los producen todavía; luego son buenas, y no hay títulos legítimos para destruirlas. ¿Dudais de su utilidad presente? Notad pues, que no han perdido su actividad por el bien, y que dura aun respecto de la mayor parte de los objetos que acabo de indicar. Echad

una ojeada sobre las prácticas actuales del culto exterior é interior que dá la Iglesia à Dios en todas las partes de la tierra donde se halla establecido, y vereis quanto contribuyen los Monges à sostenerle y perfeccionarle. Muchas de sus Iglesias son suntuosas y magníficas, casi todas están bien mantenidas y decentes. El Oficio Divino se celebra ordinariamente con una regularidad que edifica, las Misas son numerosas y bien repartidas, la predicacion es freqüente y las mas veces con eloqüencia, ellos presentan à la piedad de los fieles siempre abiertas las casas de oracion. Las

estaciones de la Pasion en los Franciscos, y el Rosario en los Dominicos alimentan la devocion del pueblo, y son al mismo tiempo los establecimientos mas christianos y mas filosóficos, porque ponen à los sencillos artesanos, à los labradores, y asimismo à sus mugeres, hijos y domesticos en estado de meditar útilmente los misterios mas instructivos de la Redencion de una manera proporcionada à su capacidad; y hay tambien en nuestras Ciudades y campiñas Religiosos de diferentes Ordenes muy estimables por su virtud y muy estimados de los pueblos, que por lo mismo no

contribuyen poco à hacer respetar la Religion. Pero todavía hay otra reflexîon que confirma todas las anteriores, y que por lo relativo à nuestra patria me parece invencible y decisiva à favor de la exîstencia de los Religiosos; y es, que no tenemos en los estados de nuestro Soberano Confesores mas asistentes que ellos al tribunal de la penitencia, de manera que no se pueden abolir sin que la freqüencia de Sacramentos decaiga necesariamente entre nosotros y sin recurso; porque en fin estamos en la absoluta imposibilidad de reemplazarlos; y quando no fuese

evidente, como lo es, que la situacion de los Sacerdotes seculares es mucho ménos favorable à la aplicacion laboriosa del confesonario que la de los Religiosos, por estar aquellos regularmente ocupados en el cuidado de su subsistencia ó de su fortuna, muchas veces implicados en los negocios de su familia, y casi siempre expuestos à la disipacion que nace de los enlaces indispensables en la vida civil, al paso que estos alimentados y mantenidos por su Comunidad, están como aislados en la tierra, provéidos de instruccion y de libros, sujetos à un Superior que depende de

la administracion pública, cuya benevolencia tiene interés en conciliar. Es constante que es corto el número de nuestros Sacerdotes seculares, que los mismos pretendidos políticos que quisieran empeñar en el dia al Príncipe en la abolicion de las Ordenes Religiosas, se opondrian mañana al aumento del Clero secular si se pensase en ello, y finalmente aquellos Sacerdotes nuestros que son propios para la direccion de las almas, y que se dedican à este ministerio, tienen ya muchas mas ocupaciones en este género, que lugar para desempeñarlas: ¿Qué sucederá pues si

la nacion entera tiene que implorar de ellos únicamente los socorros espirituales? Se verán dentro de poco tiempo (en esto no hay duda) nuestros pueblos observantes hasta el presente de su Religion , y sensibles à la voz de la conciencia buscar con un apresuramiento mezclado de dolor y de sorpresa à los Ministros del Santuario para reconciliarse con Dios; se verá los dias festivos en las Iglesias à las mugeres de todas clases presentarse en tropas al rededor del corto número de los tribunales de la penitencia para conseguir al fin y despues de mil esfuerzos constantemen-

te reiterados un lugar por tarde que sea; se verán en las Sacristías y en sus inmediaciones los hombres à uno y otro lado suplicar humildemente à los Sacerdotes para obtener la gracia de ser escuchados, y muchas veces manifestarles con las expresiones mas lastimosas la profundidad de las llagas de sus almas, para excitarlos con la compasion à que les concedan el remedio. Mas si despues de estas tentativas no ménos insufribles que piadosas, la mayor parte de los que aspiran à la penitencia se hallase privada del santo objeto de sus deseos; si sucediere à menudo,

como seria inevitable, que las matronas respetables, pero delicadas, que las personas jóvenes escrupulosas, pero criadas en la delicadeza y abundancia, despues de haber padecido horas enteras delante de un Confesonario inaccesible, fuesen obligadas à retirarse à su casa con el doloroso remordimiento de no haber podido ni abrir su corazon al director, ni calmar con sus consejos sus penas interiores, ni borrar sus faltas con el consuelo de una absolucion, ni en fin fortificar su alma con el alimento celestial: si las mugeres de los pobres labradores, ó de los me-

nestrales, despues de haber abandonado toda la mañana su familia y su cuidado, se ven precisadas à restituirse à su casa con sus culpas, y el humor sombrío que ellas inspiran, ademas de la triste perspectiva de las reprehensiones de sus maridos y de las murmuraciones de sus hijos abandonados por tan largo rato; si los hombres importunos à fuerza de remordimientos han sido à menudo rechazados por los Confesores, sufocados de verse rodeados por todas partes: ¿qué? ¿pensais querido Cleonimo, continuarán mucho tiempo en hacerse tales violencias con la esperan-

za incierta de acercarse à los Santos Sacramentos? ¿Creeis que la mayor parte de este número prodigioso de almas fieles, pero flacas, que buscando el remedio de sus males, se verá rechazada por las circunstancias, no se entregará à una especie de despecho de su curacion que producirá los efectos morales mas funestos? ¡Ah! quiera Dios no sea así. Pero la experiencia tiene mil veces acreditado que las conciencias una vez conmovidas por justos remordimientos, quando no son consoladas à tiempo, se precipitan ordinariamente de abismo en abismo, hasta que se

endurecen al fin en el estado habitual de un letargo voluntario, que no puede ménos de pronosticar su perdicion. Y si no podemos evitar un mal tan grande en las Ciudades, ¿cómo lo evitarémos en los lugares y aldeas donde hay tan pocos beneficios? ¿Qué será de toda la vasta comarca tan poblada de Beliska sin los Carmelitas Descalzos de San José, y sin el célebre Santuario de Nuestra Señora de la Roca, en donde el concurso y la devocion de un pueblo inmenso parece en las grandes fiestas un solemne jubileo? ¿Qué le sucederia al valle de Siski sin los

Premostratenses de San Norberto, y los de Sitan y de Teska sin los mismos, y los Agustinos reformados? Abolid los tres Conventos de Recoletos en la grande llanura de Tisiphan, destruid en todas partes los Capuchinos tan queridos de nuestros pueblos, y vereis millares de personas que hasta el presente freqüentan los Sacramentos, comulgar à lo mas por las Pascuas. Es fisicamente imposible que nuestros Curas y sus Vicarios y algunos Capellanes puedan hacerlo todo, aunque quieran sacrificar à la caridad su tiempo y su salud. Es moralmente imposible, que pue-

blos enteros, à saber, cantidad innumerable de hombres y mugeres de toda edad, de diferentes condiciones, y de caracteres diversos, se determinen à recurrir constantemente, à menudo, y con una entera abertura de corazon à la direccion espiritual de un corto número de Sacerdotes, que viven con ellos, que por conseqüencia observan todos sus defectos, y con los quales estan expuestos cien veces à tener conexîones personales, que disminuyen su respeto, y que impidan el darles una entera confianza. Solo al Religioso retirado en su celda y en su Iglesia se-

rá adonde irán de tiempo en tiempo à manifestar los senos de sus conciencias : ellos le hallarán puntualmente en el Convento ; su presencia no les atormenta , porque no le ven ordinariamente sino en el confesonario ó en el altar , y sus reprehensiones les son tanto mas sagradas : quanto las miran como absolutamente imparciales. Si les quitais pues este recurso , les privais de un socorro muy eficaz , que están acostumbrados mucho tiempo hace á mirar como necesario , y que lo es realmente en un sentido verdadero vista la flaqueza de la naturaleza humana, y

la fuerte repugnancia que experimentamos (singularmente los hombres tímidos é ignorantes) a humillarnos con candor en el Sacramento de la Penitencia. No os engañeis pues, querido Cleonimo, la abolicion de los Religiosos en nuestra patria no será un corto mal, porque dará seguramente un golpe mortal à la Religion y à las costumbres, cuyo mayor defensivo es la freqüencia de Sacramentos. Es fuera de propósito el alegar que en la primitiva Iglesia sin haber Religiosos se freqüentaban los santos Sacramentos. Es falso que no hubiese Religiosos en el sentido en

que tomamos esta palabra; porque durante mucho tiempo han vivido los Eclesiasticos en una especie de comunidad monástica, cuyo Gefe era el Obispo. Ademas ¿ la Iglesia no tiene autoridad para aumentar los ministros del santuario? ¿ Es vituperable el haber admitido hombres graves que profesen por instituto la observancia de los consejos evangélicos? ¿ Los sucesos no han acreditado plenamente en esta ocasion la justicia de sus decretos, y la sabiduría de su conducta? ¿ No la asiste siempre el Espíritu Santo relativamente à todos los objetos que interesan el bien ge-

neral de sus hijos? ¿Los tiempos y las costumbres no son en el dia notoriamente diferentes de las de los siglos de los Apóstoles y de los primeros Mártires? Respóndase, pues, à estas reflexîones de una manera convincente; que se destruya, si es posible, la fuerza de nuestras pruebas directas, ó que se nos restituyan las preciosas ventajas de que gozaba la Religion en los bellos dias de la primitiva Iglesia; que se haga renacer en el corazon de nuestros pueblos la sabiduría y dócil sencillez que ha caracterizado los primeros fieles, su fervor y la inocencia de sus cos-

tumbres, y entónces que se restablezcan, si les parece, todos los puntos negativos de la antigua disciplina; pero si todo esto es imposible en medio de este torrente de desórdenes refinados que ha inundado actualmente casi toda la tierra, que se nos dexe gozar en paz de los recursos útiles que el zelo caritativo de tantos Santos Fundadores de las Ordenes Religiosas nos ha proporcionado, que ha confirmado la autoridad de tantos Sumos Pontífices, que han aprobado millares de Obispos tan sabios como piadosos, y que el unánime consentimiento de todos los verdaderos Ca-

tólicos no cesa de encarecer y exâltar despues de una dilatada serie de siglos. Yo os hablo con franqueza, ó Cleonimo, yo no tengo que ganar ni perder cosa alguna con la exîstencia ó no exîstencia de los Religiosos: mas debo decir la verdad con entereza à un amigo que me pregunta sobre un objeto que no interesa ménos que su conciencia el bien general de nuestra comun patria, y el de la santa Religion de Jesuchristo. Desconfiad del que intente ponernos, baxo qualquier pretexto que sea, en la imposibilidad práctica de freqüentar los Sacramentos. Tenedle sin duda por

un hombre peligroso, por especiosos que os parezcan sus razonamientos. ¿Y qué consejo mas insensato ó mas pérfido puede darse à una nacion christiana que el de privarse casi del todo ella misma de los medios saludables con que la Religion influye tan poderosamente sobre las costumbres? Los dogmas evangélicos tienen seguramente una grande fuerza para reprimir los vicios y para introducir las virtudes en el corazon de los hombres; pero jamas esta fuerza obra tan inmediata y vivamente sobre las almas que quando participan de los Santos Sacramentos. Porque

esta es la accion mas excelente que el hombre puede hacer, pues le une de una manera íntima con la divinidad, y es la que mas le perfecciona. ¿Qué actos podremos nosotros formar mas nobles por su esencia, que los que producimos, asistidos por la gracia, para recobrar la amistad de Díos, si tenemos la infelicidad de perderla, para aumentarla, si tenemos la dicha de poseerla, ó para unirnos al Verbo Encarnado en el misterio inefable de la Eucaristía? ¿Y qué satisfaccion mas pura hay sobre la tierra, que la que se experimenta quando despues de una hu-

milde confesion de sus faltas se concibe una esperanza legítima de haber obtenido el perdon por una sentencia de misericordia pronunciada en nombre de Jesuchristo, y ratificada en el Cielo por este Divino Redentor que por prueba de su amor se digna alimentarnos con su carne adorable? ¡Ah! si en la vida humana, rodeada de tantos males, hay momentos verdaderamente dichosos, son aquellos en que se ve uno libre del enorme peso de sus pecados, y en que las angustias penosas que los remordimientos hacen nacer, son convertidas por la clemencia divina en una dulce

paz, preludio anticipado de la paz eterna del Cielo. Pero tambien ¿qué odio profundo del pecado, qué arrepentimiento síncero de haberlo cometido, qué actos fervorosos de fé, esperanza y caridad no estamos obligados à excitar en nuestro corazon para disponernos à gozar de un tan gran bien? ¿Y quánto no aumentan estos sentimientos saludables las nuevas gracias que acompañan la percepcion de los Sacramentos? No, el hombre originariamente corrompido y flaco no tiene otro medio tan eficaz como este para recobrar con superabundancia la salud y la fuerza

del alma. Jamas siente él mas debilitadas sus pasiones, ni sus vicios mas reprimidos, ni emprende con mas voluntad el cumplimiento de sus obligaciones, que al salir de la sagrada mesa: entónces es quando, animado de un aliento christiano, llega à ser superior à sí mismo, y parecido, segun la expresion poética del mas eloqüente de los Santos Padres, à un leon generoso, cuyos ojos que centellean, no respiran sino el combate: el ataca con intrepidez todos los vicios enemigos de su Dios y de su salud. Sé muy bien que un espectaculo tan agradable à los ojos del verda-

dero juez de los corazones no se renueva con la freqüencia que se debiera: sé que hay insensatos que se dan la muerte acercándose al manantial de la vida; mas esto solo prueba que son grandes las miserias espirituales de la débil humanidad, que se puede abusar de todo lo que hay mas sagrado en el mundo, que esto sucede muchas veces; pero tambien es constante, que no hay medio alguno mas propio para santificar los hombres que el buen uso de los Sacramentos, y que conviene por el bien de las costumbres que se acerquen à ellos freqüentemente, porque sin es-

to es dificil que hagan un buen uso. Las pruebas de esta última verdad exîgen todavia vuestra atencion por algunos momentos, y despues yo vuelvo à vuestros Religiosos y concluyo. Se puede hablar mucho en pro y en contra, vos lo sabeis, ó sabio Cleonimo, quando se trata de una manera especulativa de las qüestiones que interesan al gobierno político ó Religioso de los hombres. Pero quando la experiencia fundada sobre una grande multitud de hechos evidentes, que todos participan de un mismo principio, y se dirigen à un propio fin viene al apoyo de un sentimien-

to ya verisímil en sí mismo, entónces arrastra tras sí con su peso, y se lleva con una fuerza casi irresistible el sufragio de todos los espíritus imparciales y sensatos. Esto es precisamente lo que sucede en el presente caso. Si la divina providencia, que os ha destinado à velar sobre la suerte de un estado considerable y floreciente, os ha llamado como à mí al formidable ministerio de dispensador de la sangre de Jesuchristo, yo no tengo necesidad de llamaros à vos mismo, sé que vuestro espíritu observador, y vuestro corazon sensible os demostraran sin otro auxîlio quanto yo

os alego. Mas en defecto de la experiencia puede bastaros la historia. Recorred la vista por los anales de la Iglesia desde su principio hasta nuestros dias, y vereis constantemente caminar á un mismo paso la freqüencia de Sacramentos y las costumbres, la depravacion de las costumbres y el abandono de Sacramentos. Yo invoco á los Hechos de los Apóstoles, y á las Epistolas de San Pablo para los tiempos Apóstolicos. A San Justino Mártir, principalmente para el segundo siglo, á San Cypriano para el tercero, y para el quarto á S. Ambrosio, á San Cirilo de Jeru-

salen, á San Chrisóstomo, á San Leon el Grande y á San Agustin: se hallan en sus escritos cien pruebas diferentes, y casi todas edificantes de esta verdad. Estos son los bellos dias de la Religion.

Si en adelante los Christianos han degenerado por la mayor parte de su espíritu primitivo, si durante largo tiempo las virtudes heróicas no han brillado entre ellos sino rara vez, y si las virtudes mismas de sus obligaciones se han debilitado generalmente, al paso que los vicios han extendido, ó afirmado por todas partes su imperio, esto no fue precisa-

mente sino quando en las devastaciones reiteradas, y la barbarie de los pueblos destructores del Imperio Romano, habiendo esparcido sobre la faz de la Europa las espesas tinieblas de la ignorancia, se abandonaron los exercicios mas útiles de una piedad ilustrada, y se desterró à los claustros la freqüencia de los Sacramentos. Quando en el siglo décimotercio los discípulos de San Francisco de Asis, y de Santo Domingo la restablecieron con sus predicaciones llenas de zelo, con el instituto útil y sistemático de sus Terceras Ordenes, y con su asistencia infatigable

al confesonario, se vieron las virtudes christianas tomar insensiblemente una nueva vida; y hubieran triunfado poco á poco de los obstáculos numerosos y grandes que una ignorancia indolente y los hábitos inveterados les oponian, si las hubieran sostenido siempre las mismas causas: mas las largas guerras que vinieron de golpe despues de esta época, y el gran cisma de Occidente que siguió poco despues, con todos los desórdenes complicados que resultaron, turbaron de nuevo las prácticas pacíficas de la Religion, y causaron ademas una decadencia en las costumbres,

que llegó casi hasta lo sumo, quando el Concilio de Trento emprendió con éxîto la reforma. Sus decretos dictados por la misma sabiduría produxeron los efectos mas felices, y la freqüencia de Sacramentos puesta en vigor fue uno de los principales que multiplicó una centésima parte todos los demas. ¿Qué de virtudes no hizo producir en Roma San Felipe Neri con este saludable exercicio de piedad, de que fue uno de los principales restauradores? ¿Qué de virtudes no hizo renacer por este medio San Cárlos Borromeo en su Diócesis vasta y corrompida, que llegó en muy po-

co tiempo à ser un objeto de edificacion para los fieles? ¿Y San Francisco de Sales, el gran propagador de la freqüencia de Sacramentos, qué revolucion admirable à favor de las costumbres no produxo con sus exemplos y escritos en toda la Europa? La freqüencia de Sacramentos vuelta à introducir à tiempo en muchos distritos del Norte contribuyó infinito à afirmar la Religion Católica que se veia combatida, porque se llegó à apreciar el manantial de las mas puras virtudes, quando se aprendió à gustar de su práctica. La Francia tambien ha tenido en los últimos siglos

tiempos felices para las costumbres, y estos fueron precisamente en los que se freqüentaron mas los santos Sacramentos. Sé muy bien que en estos mismos tiempo los vicios han sido iguales à las grandes virtudes; mas es siempre loable que se pueda tambien decir, que las virtudes han igualado à los vicios en una nacion en que los placeres se presentan de monton, en una nacion creadora de las artes ingeniosas, de un luxo sensual, guerrera, comerciante, y que llega al mas alto grado de su grandeza. Se puede sin embargo sentar con verdad, hablan-

do de los tiempos en que los Bosuets y los Fenelones daban á los Príncipes Franceses las lecciones mas sublimes de la verdadera sabiduría, y en que los Bourdalues y los Masillones grababan en los corazones de los pueblos las máxîmas evangélicas, y les desenvolvian las conseqüencias mas importantes; de los tiempos en que el caritativo y eficaz San Vicente de Paula proveia en quanto dependia de sí à todas las necesidades espirituales y corporales de sus hermanos, instruyendo las Provincias y las campiñas de las ver dades saludables con Misioneros formados de su mano, é

instituyendo las admirables sociedades de damas y doncellas de caridad ; de los tiempos en fin en que el espíritu de la Religion y el genio se reunieron para producir los suntuosos y piadosos establecimientos del Hospital de Invalidos y del de San Ciro. Jamás se prácticaron mas virtudes sólidas que entónces , y jamás se freqüentaron tanto los santos Sacramentos; de manera que yo no creo exâgerar quando afirmo que este solo exercicio de Religion produce en los hombres un mayor bien moral , que han producido jamas reunidas todas las instituciones filosóficas. ¿Y cómo

se atreverá un amigo sincero de la Religion y de las costumbres à opinar la destruccion de los Religiosos, siendo estos evidentemente necesarios para conservar tan gran bien? No, vos no lo hareis jamás, ó Cleonimio, yo estoy seguro, no permitirá Dios que caigais en una ilusion tan grosera y funesta. El os ha dado ya demasiadas señales de su amor. Sé que ni la disipacion de los mas largos viages, ni todos los lazos innumerables que rodean la alta gerarquía en que estais colocado, no han podido alterar hasta el presente, ni la pureza de vuestra fé, ni vuestra

misma piedad: ¿y cómo podreis resolveros à extinguir unos establecimientos à quienes la fé y la piedad deben tanto? Yo sé que generalmente en nuestras provincias todas las gentes de bien os llenan de bendiciones, porque os consideran como un protector declarado de la Religion y de la virtud, que la providencia ha colocado à su favor à los pies del Trono, y sé que obteneis sus alabanzas, porque sois digno de ellas: ¿cómo podreis, pues, resolveros à renunciarlas, y à escandalizarles con una destruccion que miraran todos unanimemente como un atentado contra la

Religion Católica, perjudicialísima à la práctica de todas las virtudes? Sé en fin que habeis adoptado por vuestra máxîma directora este resultado de la mas alta sabiduría, el principio de decidir siempre en vuestras dudas à favor del partido que quisierais haber tomado en el momento en que parecereis delante de Dios, y esto me lo dice todo. No tengo que añadir cosa alguna à esta reflexîon. Vos habeis pedido mi consejo. ¿Estais, pues, en duda? ¿Acabais de oir las razones sobre que fundo mi asercion? No podeis dexar de conocer la injusticia de la agresion, de que os

querrán hacer cómplice. Dicidid, pues, por vos mismo: yo no temo veros vender la buena causa. Mas no basta el no hacerla traicion, es menester sacarla victoriosa: vos podeis hacerlo, y no dudo un momento en decir que lo debeis. Vuestro Soberano os consulta, habladle libremente el lenguage de la verdad christiana: él tiene derecho de escucharla de vos. Vuestra firmeza hará callar à los malvados; ellos son cobardes, y es necesario confundir su hipócrita política, que intenta sorprehender la Religion en el mejor de los Príncipes, armando contra el cul-

to el pretendido bien del estado. A vos toca quitar el velo à la impostura, hacer triunfar la verdad, defender los sabios establecimientos de nuestros antiguos, y conservar à la equidad todos sus derechos, à la perfeccion christiana sus mas amados asilos, abiertas siempre à vuestra patria las escuelas de la virtud, prontos los socorros espirituales, y los amigos de Dios que atraigan sobre ella las bendiciones del Cielo. Esto es lo que exîgen de vos vuestra Religion y vuestra piedad, la edificacion de los pueblos y las santas leyes de la conciencia. Qué consuelo inexplicable

no será para vos, ó Cleonimo, si en el momento decisivo en que la inexôrable muerte os citará al Tribunal del Juez Supremo, os podais decir à vos mismo; yo dexo muchos manantiales saludables de buenas obras siempre renacientes, cuya exîstencia tengo la dicha de perpetuar, ahorrando à mi Príncipe una grande injusticia, à mis conciudadanos un horrible escándalo, y à todas las almas verdaderamente christianas los mas vivos sentimientos; sin embargo de esto sé muy bien que no soy, sino un inútil servidor, que debo à la gracia de mi Dios el bien en que he te-

nido alguna parte ; pero en fin siempre es cierto que se ha dignado servirse de mí para sostener los intereses de su culto, qüe ha prometido las mayores recompensas à las menores acciones hechas por su amor, y que es infinitamente misericordioso, poderoso y fiel.

Concluí. Agradeced, querido Cleonimo, mi buena voluntad. Recibiréis las adjuntas reflexîones separadas que he hecho en distintos tiempos de mi vida, sobre la Ordenes Religiosas y los diferentes objetos que les son propios. Puedan mis débiles escritos, que yo deposito con todos sus defectos en el

seno de la amistad, comunicaros algunas luces útiles. Sé que esto es todo lo que buscais, y lo que yo apetezco que hableis. Dios sea siempre con vos.

Reflexìones sobre el Monaquismo y los objetos que le son propios.

El Monaquismo es una de las instituciones Religiosas contra las que Voltaire ha ensangrentado mas su pluma; esto no es una prueba decisiva de que sea bueno, pero sí un indicio muy fuerte à su favor. ¿Quál es el General hábil que se emplea en toda una campa-

ña en cañonear los mochileros del exército enemigo, ó las aldeas abiertas y sin defensa?

Estos fieros enemigos del Monaquismo le honran verdaderamente, aunque creen haber justificado su desprecio y odio esparciendo con entusiasmo algunos hechos y razonamientos antimonásticos que han tomado de Voltaire. ¿Saben acaso quién es su Maestro, y el hombre de quien llegan à ser los ecos? Si lo saben, no merecen que se les escuche; es vergonzoso citar con conocimiento de causa los hechos de un historiador tan infiel, unas veces por ignorancia, y mu-

chas mas por malicia, y atreverse à doptar los razonamientos de un sofista animado de una pasion violenta. Si no saben quien es Voltaire, es menester esperar que se desengañen alguna vez; pero conviene rogar à Dios, que no lleguen à ser jamas los maestros, en el largo tiempo que están dispuestos à hacerse los satélites fanáticos de este Antechristo declarado.

¿Quándo dexaremos de repetir lo que se ha dicho un millon de veces por las gentes sensatas de todos los siglos, que los abusos no prueban cosa alguna contra un establecimien-

to por otra parte reconocido por bueno, quando su constitucion se dirige à excluirlo? Hay abusos en los mejores gobiernos, los hay en las Ciudades mas políticas, y en todas las grandes sociedades humanas; ¿por esto dexan de ser bienes reales y apetecibles la vida social, un buen gobierno, y una buena policía? Solo Juan Jacobo Rousseau se ha atrevido à decirlo; mas no sé si persona alguna lo ha pensado jamás. Si los detractores de los Religiosos tienen razon en lo odioso que les imputan habrán probado á lo mas, que es menester reformar los abusos que se han

introducido entre ellos, mas no habran justificado cosa alguna contra las Ordenes Religiosas. Quando todos los Franciscos, Dominicos, Mínimos, Carmelitas, y demas Clérigos regulares que exîsten, no sean mas que una quadrilla de supersticiosos, holgazanes, tramposos, é hipócritas ¿dexará por esto de ser cierto, que si hombres sinceramente piadosos se unen libremente baxo la proteccion del gobierno eclesiástico y civil, para observar la obediencia, la castidad y la pobreza segun los consejos de Jesuchristo, y para consagrarse enteramente à su servicio, à la edi-

ficacion de sus hermanos y à su instruccion, formarán un cuerpo respetable y útil?

Es sin duda un abuso detestable que haya Religiosos forzados à serlo por sus crueles parientes, Religiosos libertinos, Religiosos escándalosamente interesados, ó prodigos, Religiosos partidarios, Religiosos arrogantes, en una palabra, Religiosos que no lo son sino por el santo hábito que profanan. ¿Pero por esto convendrá contra la enseñanza expresa de la sabiduría increada, arrancar juntamente el buen grano con la cizaña? ¿No es la prudençia una virtud nece-

saria al que ha de gobernar la débil humanidad? ¿La Iglesia Católica no detesta estos abusos? ¿No intenta remediarlos en quanto lo permiten las circunstancias? Yo apelo à los cánones de su disciplina que los reprueban, y à las reglas de los Santos Fundadores que los condenan; yo apelo à tantos estatutos de los sumos Pontífices que los proscriben, mientras no hay uno solo que los autorice, y à muchas reformas monásticas que se han introducido, sin haber impedido ninguna sola. ¿A quién atribuyen, pues, estos censores inexôrables los abusos monasticos,

contra quienes no cesan de declamar con la vehemencia mas apasionada? ¿Los atribuyen à la Iglesia Católica? Mas ella es madre, y ya ha cumplido su deber, y no puede, ni quiere, ni debe convertirse en madastra ¿Es à los Soberanos Pontifices? pero ellos son padres, y ya han desempeñado su obligacion; su gobierno debe ser templado con la prudencia ¿Los atribuyen, pues, à los Religiosos? ¿pero à qué Religiosos? Si es à los buenos, es un agravio; porque ninguna persona se lamenta mas que ellos de los desórdenes de sus hermanos: si es à los malos, se-

guramente tienen razon; pero es menester que ántes se guarden ellos de ser tales que los malos Religiosos puedan justamente hacerles esta réplica. Vosotros nos censurais con una animosidad implacable, y no advertís que debierais absteneros de ello mas que otro alguno, porque disminuís nuestros excesos, probando con vuestro exemplo que siendo malos christianos, malos ciudadanos, malos esposos, y malos padres de familia, hay gente en todos estados que se dexa dominar de sus pasiones Si, sin el orgullo extraordinario que os domina, en vez de dirigiros contra los

que no hacen mas que imitaros, sentiriais que mas conviene, ó reformaros à vosotros mismos, ó avergonzaros, y callar.

No, no se tiene la menor piedad con los Religiosos, entre lo que se llama gran mundo. Si entre ciento de ellos hay tres malos, siempre se alegan estos y sus vicios, al paso que se observa un silencio obstinado sobre las virtudes de los noventa y siete. Os atreveis à romper este silencio y à decir en ciertas concurrencias: los Religiosos son por la mayor parte regulares en sus costumbres, freqüentes y edificantes en el coro, zelosos en el confesona-

rio, caritativos con los enfermos; ¿con qué ojos os mirarán los detractores del estado Religioso? ¿Dudarán un momento de la debilidad de vuestro juicio? ¡Equidad santa! Tendran valor para apelar à vuestro justo tribunal, quando se vean injuriados.

Si me es permitido dar consejos, daré voluntariamente dos, uno à los Religiosos, y otro à los que aspiran à serlo. Conviene que aquellos cuiden con la mayor atencion en no admitir sino buenos súbditos, y que los que aspiran al estado monástico eviten el entrar en las Ordenes relaxadas. Si los Re-

ligiosos seducidos por un desordenado deseo de multiplicarse, ó llevados de una necesidad aparente de sostenerse, llenan sus claustros, destinados à ser el asilo de las almas mas piadosas y fervorosas, de jóvenes imprudentes que solo aspiran à tener una subsistencia decente, ó un hábito con que se creen condecorados, ó los honores y empleos que los lisonjean, ellos corromperán insensiblemente, pero con seguridad, el cuerpo en su esencia, é introduciràn las funestas semillas de una depravacion total, que no podrà ménos de atraer sobre sus cabezas las mal-

diciones de Dios y de los hombres. Es preciso, pues, que arrojen de sus puertas con una severidad inflexîble à todos los pretendientes perezosos ó vanos, que no apetecen el claustro sino por tener que comer sin trabajar, ó por tomar un nombre que los levante de su baxeza; todos los segundos nobles que una politica bárbara de familia, y cien veces anatematizada por la Iglesia, intenta meter en una Religion para librarse de su peso; todos los espíritus floxos que solo quieren hacerse Religiosos por capricho, ó porque no saben en qué emplearse, y en fin qualquiera que no es llama-

do por una vocacion fundada en motivos sobrenaturales y probada con la experiencia. Todo Religioso sabio querrà mejor ver extinguirse su Orden con él, pero sin oprobio, que agregarla sugetos indignos; pues estos la haràn perecer ni mas ni ménos, pero cubierta de infamia.

Si el que aspira al estado monástico se dexa llevar de las solicitudes de algun pariente Religioso, ó de una gran facilidad en ser admitido, ó de la opulencia que ve reynar en algunas casas religiosas, y entra en una Orden corrompida, en donde la relaxacion ha extinguido el espíritu del fundador

y destruido la observancia, desdichado de él, digno es de compasion; pues ó se verà precisado à luchar largo tiempo contra el torrente de los malos exemplos, y contra las persecuciones de sus depravados hermanos, que no querran sufrir que sea impunemente mejor que ellos, ó debera seguir la corriente y pervertirse; alternativa harto peligrosa, à la qual si hubiera tenido ménos imprudencia, hubiera evitado para siempre.

Jóvenes privilegiados de la gracia de Jesuchristo, ya que os llama al estado feliz y sublime de la perfeccion evangé-

lica, sed fieles à su voz sagrada, y escuchadla únicamente. Ella os enseñará à unir en la eleccion importante que debeis hacer la prudencia de la serpiente à la sencillez de la paloma, y entónces seguramente no os será dificil entre la multitud de Ordenes Religiosas edificantes que os abren los brazos, evitar el corto número de lazos que os pueden tender.

¿Qué torrente de invectivas algunas veces eloqüentes y otras triviales no han proferido los susodichos filosofos de nuestros dias contra los Mendicantes baxo el pretexto de compadecer la causa del pue-

blo? No ven en ellos sino miembros inútiles que sobrecargan á la sociedad injustamente : sanguijuelas que chupan à los pobres habitadores del campo , gusanos que los roen , sin que falte epiteto infame que no les prodiguen. Satíricos insolentes , si tuvierais la menor razon , se pudiera à favor de una verdad útil que enseñariais , perdonaros los medios injuriosos de que os valeis para reformar à vuestro arbitrio el género humano. Mas ni en la esencia ni en la forma teneis de vuestra parte la justicia , y el hecho y el derecho están contra vos. No se grava injusta-

mente à la sociedad, quando despues de haber renunciado en su seno los bienes patrimoniales à que se tenia derecho, solo se le pide una subsistencia excesivamente moderada, à que se adquieren sin cesar nuevos títulos, primero, edificando à sus conciudadanos con una vida piadosa y austera; segundo, atrayendo sobre ellos las bendiciones del Cielo con oraciones freqüentes y fervorosas; tercero, consagrándose al estudio y defensa de la Religion, única y sólida basa de la sociedad; quarto, predicando el Santo Evangelio de Jesuchristo, y administrando sus Sacramentos;

ministerios mas propios para hacer reynar la virtud en el corazon de los hombres, que todos los que la sabiduría humana ha inventado jamas. Este es el derecho que les asiste. El hecho es tal, que la sociedad que alimenta los Religiosos mendicantes no se queja de esta carga; ella no reclama contra su exîstencia, los ha llamado ó aceptado libremente y de su espontánea voluntad, y por consiguiente estos pretendidos filósofos son abogados intrusos, à quienes desaprueban sus clientes. Si se pueden citar algunos distritos que formen excepciones reales à mi asercion, solo

serán aquellos en que los Religiosos serán depravados, ó se habran aumentado excesivamente, ó en fin donde la irreligion y la total corrupcion de las costumbres habran indispuesto contra ellos à los habitadores. Pero cómo esto entra én la clase de los abusos no destruye lo que defiendo. Porque ademas generalmente hablando, donde estos no tienen lugar, los pueblos, particularmente los de la campiña, sienten tan poco lo que dan para la subsistencia de los Religiosos, que si se tratara de perderlos, darian voluntariamente mucho mas para conservarlos; en muchos paises son

universales estos sentimientos; ¿y en quántos distritos de mucha extension no tienen los Religiosos necesidad de qüestar, porque se les provee liberalmente en sus casas de todo lo necesario?

¿Se dirá que la supersticion y la ceguedad son las que inspiran à los pueblos esta pasion, à las Ordenes Religiosas? Efugio vano. ¿Y qué supersticion y qué ceguedad es querer conservar estos hombres, quando la experiencia tiene acreditado lo mucho que en ello interesan la Religion y las costumbres? Obsérvense con atencion las cosas, y se verá que todas par-

tes donde hay buenos pueblos y buenos Religiosos los individuos que se interesan mas en su conservacion, son precisamente los mas ilustrados y virtuosos.

¡Ah! si los pueblos, cuyos derechos contra los Religiosos reclaman tan fuera del caso los pretendidos filósofos, tuvieran voto deliberativo en esta causa, no tardaria en ser juzgada, y decidirian bien presto si son aquellos los Ministros edificantes de Jesuchristo, ó los Apóstoles de la impiedad, del vicio ó de un luxo destructor de la sociedad, que no merecen el pan que comen.

Se intenta à menudo armar la Política contra los Religiosos; atribuyéndoles el haber favorecido las pretensiones temporales de los Papas, especialmente en las famosas disputas por las investiduras, que dividieron en otro tiempo el Sacerdocio y el Imperio. Pero procediendo de buena fe, ¿es justo ir à buscar agravios contra los Religiosos de nuestro siglo en el de los Guelfos ó Gibelinos? ¿Y quál es el hombre instruido que no conozca la diferencia prodigiosa que hay entre la Europa moderna y la antigua? Las costumbres se han mudado, se ha mudado el modo

de pensar, las circunstancias son diversas, y se han mudado en gran parte los mismos objetos de los estudios monásticos. La anarquía feudal, orígen fecundo de atentados ambiciosos que se han querido à menudo dorar con el pretesto de la Religion, está extinguida en todas partes Se ha afirmado la constitucion de casi todas las potencias europeas, ellas tienen exércitos numerosos y disciplinados, siempre subsistentes, y que no dependen sino de sus órdenes para hacer respetar sus prerogativas y sus leyes. Los derechos en fin de los Papas y de los Principes seculares están bas-

tante claros en el dia, y puede tranquilizarse en quanto à este particular qualquier espíritu sabio por zeloso que sea del órden y de la paz. Se mira únicamente à los Religiosos quando se recuerdan las antiguas turbulencias en que tomaron parte sus antepasados, y el esfuerzo para hacerlos sospechosos no dimana de un motivo de zelo por los Príncipes, sino de un principio de odio contra ellos. Si los del siglo duodécimo se separaron de los límites de la sumision debida à sus Soberanos, seguramente no estan dispuestos à imitarlos los del siglo décimo octavo; y quando qui-

síeran, no podrian; no son pues de temer. Mas se ofrece al intento otra reflexîon bien diferente, y que merece ser propuesta à la discusion de una sana política, y es, que no solamente no sabrán los Religiosos alarmar en el dia à los Príncipes, sino ántes bien pueden llegar à ser muy útiles, defendiendo su autoridad contra los enemigos sistemáticos que tiene ella que temer en la disposicion en que actualmente se hallan los espíritus. La audaz secta de los impíos modernos no aspira con ménos ardor à la subversion de los tronos que à la del santuario. Sus principios

y sus miras á esto se dirigen. Los libros clásicos lo manifiestan. Algunos de sus Gefes y muchos de sus discípulos no lo ocultan. Ellos no trabajan con ménos actividad en hacer prosélitos á favor de la independencia que de la irreligion ; y bien presto, si no se detienen los progresos de su doctrina sediciosa, los hechos mismos, aunque tarde, depondran contra ellos. Porque los Religiosos forman evidentemente una milicia muy propia para ser empleados con éxito contra estos peligrosos faccionarios ; ellos enseñan ya por estado y por persuacion en sus escritos y en sus

predicaciones las santas máxîmas del Evangelio, que apoyando la autoridad de los Príncipes con el sello incontrastable de la autoridad divina, afirman el cetro en sus manos en nombre de Jesuchristo Por poco que los alienten los gobiernos, el reconocimiento y la emulacion, resorte mas poderoso de lo que se puede pensar para hacer mover los cuerpos de los Cenobitas, añadirán un nuevo grado de energía á su zelo christiano y patriótico. Sé muy bien que los Religiosos propiamente no son sino tropas auxîliares de la Iglesia, y que los pastores ordinarios anuncian ya á

los vasallos sus obligaciones para con sus dueños; pero quizá no será indiferente para un Monarca, particularmente en los tiempos en que estamos, el tener en sus estados algunos millares de hombres mas, que vestidos de un hábito respetable à los pueblos, les inculquen sin cesar con toda la fuerza posible el *subditi estote propter conscientiam* de San Pablo. No será asimismo dificil el probar, que el éxîto de muchos rasgos de vigor útiles al estado, que han caracterizado los reynados de algunos Soberanos protectores declarados de los Monges, se han debido en gran parte à la coo-

peracion de las Ordenes Religiosas. El reynado de Carlo Magno, el de San Luis, el de Luis XIII, y asimismo el de Luis XIV, en Francia, los de muchos antiguos Reyes de Inglaterra, y el de un gran número de Monarcas Españoles suministrarán exemplos decisivos.

Yo no conozco cosa mas odiosa, ya como christiano, ya como ciudadano, que un celibato vicioso. Solo un libertinage y un egoismo refinado han podido con oprobio de nuestro siglo hacerlo en el dia tan comun; él merece mas que qualesquiera otros abusos las censuras de la Religion el castigo

de los gobiernos, y la exêcracion de los hombres de bien, porque no hay alguno cuyos efectos sean mas pernicisos, ni que desprecie con mayor atrevimiento, ni eluda con mas artificio las santas leyes del christianismo y de una buena política. Los que lo abrazan son hombres sensuales, para los que los principios morales no aprovechan, que quieren todos los placeres de que pueden gozar, y que repugnan todo lo que les puede sujetar. Ellos reusan su corazon corrompido à la dulzura de un enlace legítimo, para no contraer las obligaciones de esposos ó de padres de fa-

milia, y llegan à ser los viles perseguidores de la honestidad, los corruptores de las costumbres públicas, y los enemigos de una Religion toda santa que los condena. Ellos son los que multiplican hasta lo sumo el escándalo de las cortesanas, el de los libros impíos ú obscenos, y el de un luxo desenfrenado y destructor de los estados. Estos pues son hombres grangrenados, funestos à la sociedad que los tolera. Feliz mil veces el legislador, dichoso el Príncipe que se atreverá, que sabrá, y que querrá detener en los pueblos confiados à su cuidado los progresos de un con-

tagio que les es tan fatal. Su nombre será bendito en la serie de los siglos, y mientras haya verdaderos christianos, y por consiguiente buenos ciudadanos en la tierra.

Mas si el celibato vicioso es un gran mal, no es ménos indubitable que el celibato virtuoso es un gran bien. Solo la ignorancia, ó la injusticia pueden confundirlos y envolverlos en una misma proscripcion. Sé muy bien que los que la desean no admiten que haya un celibato virtuoso, ó no reconocen por tal el que pretendemos nosotros que lo sea; pero en esto es precisamente en lo que yo

encuentro que manifiestan ellos claramente ó su ignorancia, ó su injusticia. No hablaré sino del celibato de los Religiosos y de los Sacerdotes; y este es el que se echa en cara con mayor obstinacion à la Iglesia Católica. ¡Qué zelo! El celibato monástico y sacerdotal es virtuoso, si se separan los abusos que ella condena, ya se considere el fin à que se dirige, ya en sí mismo, y ya los efectos que produce; es pues virtuoso en todo el rigor de esta hermosa frase. Su fin es consagrar enteramente al servicio de Dios, à los exercicios interiores y exteriores de su culto, al estudio y de-

fensa de su Religion, y à los ministerios de la caridad mas ilustrada, los hombres piadosos, que despues de haber sido bastante probados, quieren entrar libremente en esta santa carrera. Que se nos manifieste, si es posible, otro fin mas excelente à que pueda aspirar el hombre, ó que se ponga en duda, si entónces los cuidados que exîgen una esposa, los hijos y una familia, forman un objeto considerable en la corta vida de un ser tan limitado en sus facultades como el hombre.

Pero si el celibato eclesiástico es virtuoso por el fin à que se dirige, no lo es ménos

considerado en sí mismo ; él prescribe à los Sacerdotes y à los Religiosos una continencia perfecta ; esta es una virtud. La razon ilustrada por la fe , y la autoridad mas respetable lo acreditan. Es evidente que el hombre destinado por su Criador à merecer durante esta vida una eternidad feliz , por su fidelidad en conformarse con el órden , se conforma mas perfectamente quando se priva de los placeres sensuales , para poder aplicarse mejor à las funciones mas excelentes , que miran mas directamente à unirse con Dios. La autoridad mas respetable que exîste , lo prueba igualmente.

Jesuchristo ha hecho el elogio de la continencia perfecta en sus discursos, y con sus exemplos.

En sus discursos, quando despues de haber hablado de los que se hacen eunucos por ganar el reyno de los cielos, añade, que el que pueda comprehender esto lo comprehenda. Bastante ha dicho para todos los fieles

Con sus exemplos, él ha sido vírgen, y ha escogido por madre una vírgen, y por su precusor, y discipulo mas amado hombres vírgenes Todos sus Apóstoles segun la tradicion constante de la antigüe-

dad han profesado una continencia perfecta despues de su vocacion al apostolado. San Juan Evangelista ha anunciado altamente à los vírgenes una gloria y felicidad inefables en el Cielo, y San Pablo ha alabado abiertamente la virginidad, y aconsejado positivamente la continencia perfecta, que observó él mismo, à todos los que queriendo un estado de vida, desean con ardor complacer à Dios. Todos los Santos Padres lo han imitado en la práctica y han hablado el mismo lenguage. Algunos de los mas ilustres han escrito formalmente para defender y exâltar

la virginidad. Las obras de S. Cipriano, de S. Atanasio, de S. Ambrosio, de S. Gerónimo y de S. Agustin son decisivas en esta materia. Tambien millares de millares de almas puras y fervorosas, despues de los primeros siglos del christianismo, han abrazado con una generosidad admirable el celibato christiano. ¿Qué falta, pues, para probar mi asercion?

Yo digo en tercer lugar que el celibato eclesiástico es virtuoso, atendidos sus efectos. El ha producido un grande númuero de acciones virtuosas nacidas directamente de los principios que inspira. Todos

estos hechos constantes y ciertos, forman una prueba evidente en este asunto. Celibatos eclesiásticos son los que han convertido el mundo à Jesuchristo Estos los que le han edificado mas con su zelo por la Religion y las costumbres, y los que mas viva y eficazmente han inspirado este sentimiento tan noble à los demas christianos. Unidos à Dios y separados por estado de las criaturas, no teniendo otras miras que las que vienen de las verdades de la fe, ni otros objetos que puedan legítimamente interesarles, sino los que se dirigen à ella, estan casi en-

teramente ocupados del deseo de hacer nacer, ó crecer por todas partes las virtudes christianas. El celibato eclesiástico es, pues, virtuoso en todo el rigor de esta expresion.

O. S. C. S. R. E.

Se hallará en dicha Imprenta, y en la Libreria de Navarro junto á San Agustin.